

Ante Dios y junto a Dios **La mediación de Moisés y Doña Sabiduría¹**

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ
Director de *Sal Terrae*.

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
esanz@teo.upcomillas.es

Hace dos meses leíamos con ilusión, esperanza y satisfacción en la revista *Sal Terrae* las colaboraciones de cuatro *anónimos cristianos* que, de modos diversos y con formulaciones distintas, daban razón de su fe y esperanza y manifestaban su ilusión por vivir como tales en nuestro mundo actual. Alguno subrayaba y recordaba de manera particular a determinadas personas, que habían tenido una especial presencia e influencia en sus vidas. Su reconocimiento y agradecimiento hacia ellos estaba fundado ante todo en el hecho de que les habían acompañado, orientado y ayudado en el difícil seguimiento del Resucitado, es decir, en el hecho de que habían actuado como auténticos y verdaderos mediadores entre ellos y Dios, el Señor de sus vidas.

En los mediadores, y, más en concreto, en algunos mediadores de la Biblia, vamos precisamente a centrar nuestro interés en este artículo que ahora comienza.

La Sagrada Escritura concede una destacada relevancia a la mediación y a los/as mediadores/as. Ante todo a Jesús, el Cristo, mediador del Dios único, el que *abrió el camino de la salvación* (Heb 2,10), con quien muchos desean y anhelan vincularse. Igualmente a otras importantes figuras de la fe y la historia de Israel, cuya singularidad recogen y destacan muchas páginas bíblicas. A dos de ellas del Antiguo Testamento vamos a referirnos en estas líneas: Moisés, el gran profeta de Israel, y Doña Sabiduría, *creada por Yahveh con anterioridad a sus obras, desde siempre* (Pro 8,22).

Son diversas las razones por las que elegimos a estos dos mediadores: por los ricos y complementarios aspectos que ambos poseen y presentan; por la *pertenencia* de ambos a dos importantes tradiciones bíblicas (histórico-salvífica / sapiencial); por alguna conexión que parece existir entre ambos y que los pone en estrecha relación: como señalan diversos autores², Pro 8,22-31, que menciona el origen y desarrollo de Doña Sabiduría, incluye una referencia bastante explícita a Ex 3,14, texto de particular importancia en la vida de Moisés.

Pero es, sobre todo, una la razón por la que queremos rescatar y recordar a ambos: quizás vivimos un tiempo en el que necesitamos más que nunca la guía, ayuda y orientación de buenos mediadores, que se parezcan a Moisés y a Doña Sabiduría. A muchos de nosotros nos llegan frecuentemente mensajes y noticias de cristianos y cristianas de buena voluntad, *anónimos*, en terminología ya conocida, que buscan al Dios de la vida y que se encuentran, sin embargo, perdidos y desorientados. Y lo están, entre otras razones, por la llamativa y alarmante carencia de mediadores de calidad, que sean capaces de remitirles a Dios y a su mensaje. Con pena y dolor constatan los citados cristianos que muchos de los mediadores con los que se encuentran parecen estar más preocupados por aspectos como el figurar, mandar, dictar, prohibir e incluso condenar, que poco tienen que ver con la mediación que realizan Moisés y Doña Sabiduría: nada

¹ *Sal Terrae* 95 (2007) 385-395.

² A. LENZI, *Proverbs 8 :22-31: Three Perspectives on Its Composition*: JBL 125 (2006) 687-714, esp.711-714. El autor menciona otros nombres que parecen hacer afirmaciones similares (A. Meinhold y R. Murphy).

imperativa y sí muy preocupada por la escucha, el conocimiento y la cercanía con Dios, Señor de la historia y de la creación. A ellos les ofrecemos, con nuestro mayor respeto y cercano afecto, estas pinceladas sobre los dos mediadores en los que, a partir de ahora, centramos todo nuestro interés.

«El es fiel entre toda mi casa» (Nm 12,7)

Son muchas e innumerables las bellas palabras y los laudatorios calificativos que, durante muchos años y décadas, han sido escritas y pronunciadas sobre la figura de Moisés. De todas ellas destacamos de modo particular las que titulan este apartado, que resaltan con claridad, en el contexto en que se encuentran, que *a Moisés se le considera superior a todos los demás profetas porque está en contacto inmediato con Dios. A él habla Dios “boca a boca” y se le revela de manera más auténtica*³.

Profeta cercano a Dios, que trata y establece contacto directo con él y al que conoce de un modo muy particular: éstas son algunas de las *grandezas* de este mediador enviado por Dios a su pueblo (relación Dios-mediador), de este mediador requerido también por Israel para responder al Dios que se le manifiesta (relación pueblo-mediador).

Precisamente sobre estas dos dimensiones señaladas de la mediación de Moisés se estructura este primer apartado de nuestro artículo. Su desarrollo se apoya en tres importantes textos del Pentateuco (Ex 3,1-15 y Ex 33-34 / Dt 5,24), que recogen de un modo más concentrado muchas de las características que vamos a señalar, y que aparecen igualmente en otras referencias bíblicas veterotestamentarias.

Moisés es elegido por Dios para llevar a cabo la liberación de Israel de la esclavitud egipcia (Ex 1-14). Se trata sin duda de un acontecimiento central para Israel, que entonces recibe de Dios la vida, la existencia, la libertad: la liberación de Israel realizada por Dios *supone el nacimiento de Israel que llega entonces a ser pueblo de Yahveh, a quien reconoce como su Dios*⁴.

El primer episodio en que se menciona dicha elección es Ex 3,1-15, pasaje de gran riqueza y valor en el libro del Éxodo. En primer lugar, Dios se revela a Moisés en la zarza (Ex 3,1-6). Se trata de una revelación no visual, pero sí auditiva, ya que Moisés no puede ver a Dios pero sí escucharle (*Moisés, Moisés, no te acerques aquí, quítate las sandalias de tus pies...*). A continuación Dios comunica a Moisés la acción que quiere realizar en favor de Israel: salvarle de la esclavitud opresora de Egipto y conducirlo a una tierra que mana leche y miel (Ex 3,7-10). En ambas comunicaciones, Dios se da a conocer a su mediador como el cercano y distante, es decir, como el que es a la vez y de manera inseparable *para sí mismo y para Israel*⁵.

Una vez que ha escuchado esta revelación del ser más misterioso y profundo de Dios, una vez que ha escuchado de Dios su elección y designación para colaborar con Él en la liberación de Israel, Moisés pregunta a Dios por ambos aspectos: *¿Quién soy yo para ir a faraón y sacar de Egipto a los israelitas? ¿Qué diré a los israelitas cuando me pregunten cuál es tu nombre?* (Ex 3,11-13).

³ J.L. SKA, *Il libro sigillato e il libro aperto*, Bologna 2005, 104.

⁴ J.L. SKA, *Le passage de la mer*. Étude de la construction, du style et de la symbolique d'Ex 14,1-31 (AnBib 109), Roma ²1997, 152-166.

⁵ Hemos desarrollado este aspecto característico del pasaje mencionado y del libro del Éxodo en: E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Cercanía del Dios distante*. Imagen de Dios en el libro del Éxodo (UPCo-Estudios 84), Madrid 2002.

Las dos preguntas formuladas por Moisés y los dos aspectos en ellas incluidos guardan relación entre sí; en concreto con el ser de Dios. Ambas reciben una respuesta en Ex 3,14: la conocida y enigmática fórmula *yo soy el que soy*.

Así pues, se puede señalar un primer aspecto característico de la mediación de Moisés: su capacidad para preguntar a Dios por su propio ser en el momento en que éste le está dando a conocer precisamente su identidad. Entre Dios y Moisés se lleva a cabo un rico y fluido diálogo, en el que el primero va revelando progresivamente al segundo quién es. Por su parte, éste último se relaciona con Él por medio de preguntas, no cualquier tipo de preguntas, sino las que tratan de conocer, comprender y penetrar en profundidad en lo más particular y característico de Dios: su propio ser.

De ese modo, se puede señalar la importancia que posee para Moisés el binomio escuchar – preguntar. A la atenta escucha de Moisés, primer aspecto de su mediación, le sigue la acción de preguntar. Una acción que incide y entronca con lo manifestado por Dios y escuchado por Moisés y que revela que el conocimiento del ser de Dios es algo que ocurre en el sucederse de lo que Dios manifiesta de sí y lo que el mediador percibe como posibilidad de adentrarse en dicho conocimiento.

Digno de destacar es también que a las preguntas de éste último le siguen respuestas de Dios, muchas de ellas enigmáticas (*yo soy el que soy*, por ejemplo), que confirman, desde el lado de Dios, que la revelación de su ser se da en el sucederse mencionado, es decir, en el hecho de que no se agota totalmente en una comunicación que procede de él, ya que ella está abierta a nuevas preguntas que el mediador, a lo largo de muchos momentos de su existencia, puede formular a Dios.

Hay que añadir además que la respuesta que Moisés recibe de Dios (*yo soy el que soy*), es decir, el capital asunto del nombre de Dios en el libro del Éxodo, no adquiere una clarificación definitiva hasta Ex 32-34, unidad del libro del Éxodo que narra el conocido episodio de la adoración del becerro de fundición por parte de Israel. Nos interesa referirnos sobre todo a Ex 33,17-34,7 y a la petición que Moisés realiza a Dios: *por favor, muéstrame tu gloria*.

Una atenta mirada a Ex 32-34 permite afirmar que la petición de Moisés atraviesa muchos de los episodios narrados en dichos capítulos. De manera particular, la paciente e insistente petición de perdón en favor de Israel que Moisés formula a Dios (*arrepíentete del mal destinado a tu pueblo: Ex 32,13*). Se trata de una petición que realiza el mediador *sin apartarse en ningún momento de la estrecha solidaridad que le une a Israel, a pesar incluso del gran pecado cometido por éste*⁶.

Pedir a Dios que manifieste su gloria es pedirle que muestre su ser, es pedir ver el lado visible experiencial y perceptible de la presencia de Dios, es pedir ver a Dios en persona, es, en definitiva, que se haga próximo y experimental el misterio invisible de Dios y que Éste dé a conocer su nombre⁷.

Una petición que va a ser satisfecha por parte de Dios, quien en Ex 34,5-7 se revela como *clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel*. Una revelación del ser cercano y distante de Dios, de un Dios *cuya gracia y favor son liberadores para Israel, ya que «se adueñan» del pecado de éste de una manera tal que le permite vivir liberado de una carga tan pesada*⁸.

Así pues, el conocimiento del ser de Dios por parte de Moisés, de su nombre, se lleva a cabo en el libro del Éxodo en un proceso en el que se combinan la escucha, la pregunta

⁶ B. RENAUD, *L'alliance un mystère de miséricorde*. Une lecture de Ex 32-34 (LeDiv 169), Paris 1998, 246.

⁷ R. FORNARA, *La visione contraddetta*. La dialettica fra visibilità e non-visibilità divina nella Bibbia ebraica (AnBib 155), Roma 2004, 395; B. RENAUD, o.c. (nota 6), p.185.

⁸ E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, o.c. (nota 5), p.399.

y la petición. Los tres elementos señalados subrayan de manera particular el aspecto de la apertura, de la recepción de lo que Dios pueda conceder a su mediador. Moisés escucha una noticia que recibe de Dios, le formula preguntas, quedando a la espera de las respuestas que de él pueda recibir, le pide conocer su rostro, anhelando que éste se lo manifieste. Escuchar, buscar y pedir no son, pues, acciones últimas que concluyen el proceso realizado por el mediador; son acciones que remiten a Dios, a su ser, a su nombre.

Dt 5,24 (*Israel exclamó: he aquí que Yahveh, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza y hemos oído su voz de en medio de fuego*) permite acercarse a una segunda dimensión de la mediación de Moisés: la que surge de la petición de Israel al mediador y posibilita la relación entre Israel y Dios.

El versículo mencionado forma parte de un importante capítulo del libro del Deuteronomio (Dt 5), en el que se cuenta que Dios *en el Horeb transmite a Israel elementos fundamentales y característicos de su modo de ser y actuar: su nombre, el don de la libertad concedida a Israel en Egipto, el don de la alianza que ofrece a su pueblo*⁹. Ahora bien, el punto que aquí queremos destacar es el de la revelación de la gloria de Dios, que sucede también en tan importante monte (Dt 5,24). Según indica este versículo, Israel afirma que en el Horeb Dios le *ha hecho ver* su gloria. No se trata de que el primero haya visto la gloria de Dios, el ser de Dios, su lado más visible y perceptible; se trata de que ha sido precisamente Dios el causante de que ello haya sucedido: Dios es el agente que hace que Israel vea su gloria, el agente que hace que Israel conozca lo más profundo de su ser. Traducido en otros términos, en el Horeb Dios se ha revelado a Israel sin mediaciones, de una manera directa y más inmediata.

La Sagrada Escritura señala en diversos pasajes que el hecho de ver la gloria de Dios puede conducir a la muerte. Con excepción de algunos casos (Jacob, Moisés, Aarón, Gedeón), la mayor parte de los personajes que ven a Dios mueren: *el hombre no puede ver a Dios sin morir*¹⁰. De ahí que, ante la manifestación de la gloria de Dios, causada únicamente por Éste, Israel teme perecer (Dt 5,25). Y reacciona pidiendo a Moisés que actúe como mediador entre él y Yahveh: *aproxímate tú y escucha todo cuanto dice Yahveh, nuestro Dios, y luego tú nos dirás todo lo que Yahveh, Dios nuestro, te haya hablado, y escucharemos y lo haremos* (Dt 5,27).

La mediación de Moisés tiene su importancia en el contexto en que se encuentra. Como hemos señalado, la revelación de Dios en el Horeb es una revelación directa de Dios, sin límites y sin reservas. A diferencia de lo que sucede en otras ocasiones, en que Israel responde a Dios vinculándose con él o reconociendo que no hay otro fuera de Él, la respuesta a tan cercana manifestación divina es una respuesta indirecta, con límites, que salvaguarda la distancia con la divinidad y que se realiza a través de un mediador. Se puede señalar que cuando Israel recibe una acción salvífica de Dios, y una acción de características particularmente especiales (Dios revela su gloria, Dios se revela sin mediaciones), y desea responder a ella, manifiesta la necesidad de la mediación humana. No de cualquier tipo de mediación, ni tampoco de la un extraño o ajeno al pueblo; ni siquiera la de alguien impuesto por otros desde fuera; sí, en cambio, la de un

⁹ E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Un recuerdo que conduce al don*. Teología de Dt 1-11 (BTC 11), Bilbao 2004, 89. Hemos estudiado ampliamente el tema que aquí presentamos con brevedad en las pp.75-108 del citado libro.

¹⁰ B. COSTACURTA, *La vita minacciata*. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica (AnBib 119), Roma 1988, 127-128.

miembro y profeta del pueblo, que lo conoce bien y sabe de sus necesidades¹¹. Moisés aparece entonces como el pedido y solicitado por el pueblo para que haga llegar a Dios, a ese Dios que tan abiertamente se le ha mostrado, su particular respuesta: *escucharemos y haremos todo lo que Yahveh, Dios nuestro, te haya hablado*. Se trata de una respuesta que, por un lado, subraya el respeto por mantener distancia con la divinidad y, por otro, resalta tanto la fe en un mediador que escucha a Dios como el compromiso por cumplir lo que aquél escuche y le transmita (en terminología de Dt 5, unas leyes y unos preceptos).

«Venid a comer de mi pan y beber del vino que he mezclado» (Pro 9,5)

*En Israel la sabiduría antigua es el conocimiento práctico logrado a partir de la experiencia que permite al hombre bandearse en las nuevas situaciones que puedan presentarse*¹². Como señala el autor de la cita mencionada, la sabiduría aludida, que presenta elementos comunes con la sabiduría del Antiguo Oriente, sostiene que el universo está gobernado por un sentido u orden interno, puestos en el mundo por Dios; quien descubre, conoce y actúa en función de dicho sentido es sabio y quien hace lo contrario, necio.

De ahí que la tradición sapiencial bíblica, tan preocupada por que el sabio alcance la sabiduría o conocimiento del orden del mundo, no se mueve tanto en el terreno histórico-salvífico (así ocurre en muchos textos del Pentateuco, como los recogidos en el apartado anterior), sino en el ámbito de la creación. Por eso se puede concebir la sabiduría como teología de la creación.

Con el pasar del tiempo, se produce una evolución del término sabiduría, que conduce a la personificación literaria o poética de la misma. No en un sentido de pura abstracción poética o literaria. Sí en el de persona, a pesar de que, estrictamente hablando, no sea tal: la Sabiduría, Doña Sabiduría, toma forma de persona humana.

Es ésta una figura presente en diversos textos sapienciales bíblicos: Pro 1; 8; Eclo 24; Sab. Es quizás Pro 8 quien ofrece un conjunto muy detallado de muchos de los aspectos que la caracterizan:

En la cumbre de las alturas, junto al camino, en la encrucijada de las sendas la Sabiduría se aposta. En las puertas, al borde de la ciudad, a la entrada de los accesos grita: aprended, ¡oh simples!, prudencia, y vosotros, insensatos, aprended cordura... Su boca susurra la verdad, y abominable para ella es lo impío. Ella es vecina de la prudencia y ha hallado el saber reflexivo... Suyos son el consejo y la intuición, la inteligencia y la fuerza... Yahveh la creó al principio de su proceder, con anterioridad a sus obras, desde siempre... Junto a Yahveh estaba ella como arquitecta, jugueteando ante Él en todo instante, jugueteando en su globo terráqueo.

Así pues, para Pro 8 esta figura femenina se encuentra en diversos lugares; destaca, entre ellos, la puerta de la ciudad, donde se unen las diversas rutas de entrada a la misma y donde se reúnen tantas personas que a ella acuden. A todas ellas interpela y se dirige Doña Sabiduría, quien repugna y rechaza el mal y se define como consejera perfecta, inteligente, valiente y perspicaz. Importante es, sobre todo, que fue engendrada por Yahveh antes de todas sus obras, afirmando así su anterioridad a todo y su dependencia total de Dios. Importante es también que cuando Yahveh estableció la

¹¹ N. LOHFINK, *Das Hauptgebot*. Eine Untersuchung literarischer Einleitungsfragen zu Dtn 5-11 (AnBib 20), Roma 1963, 146-147.

¹² J.R. BUSTO SAIZ, *El descubrimiento de la sabiduría de Israel*: EE 56 (1981) 625-649, esp.645-646.

estructura del mundo, ella estaba junto a Él como arquitecta, acompañándole, sin ninguna pretensión de ser considerada una divinidad, pero adquiriendo, eso sí, un particular y cualificado conocimiento del universo.

Ella es una presencia personal en la creación a la vez que mediadora de Dios. Una mediadora que exhorta a que se la escuche, ya que *es feliz el hombre que la escucha y vela a sus puertas cada día, guardando las jambas de sus entradas* (Pro 8,34). Y lo es porque *quien la halla, ha hallado la vida* (Pro 8,35)¹³.

Como señalamos al comienzo de estas páginas, parece existir una cercana conexión entre Doña Sabiduría y Moisés. A los aspectos allí señalados, podrían añadirse los que subrayan el carácter mediador de ambos.

Moisés recibe y escucha de Dios la revelación de su ser más característico (Ex 3; 32-34). También Doña Sabiduría tiene acceso a lo que, en clave de tradición sapiencial y en el marco de la sabiduría antigua, es más propio de Dios: el establecimiento de un orden en el universo. Para ella, Dios es el que garantiza un funcionamiento estable del mundo y quien lo conoce y amolda su comportamiento a él puede llegar a ser feliz. Doña Sabiduría ha logrado precisamente dicho conocimiento, pues, como ella misma afirma de sí, *cuando Yahveh aseguraba los cielos, allí estaba yo, cuando trazó un horizonte sobre la faz del abismo, cuando sujetó las nubes en lo alto, cuando afianzó las fuentes del océano, cuando señaló su límite al mar, cuando trazó los cimientos de la tierra, allí estaba yo como arquitecta* (Pro 8,27-30).

Un conocimiento, por otra parte, especialmente cualificado. No sólo por el objeto del mismo, que acabamos de señalar, sino sobre todo por la relación tan personal y cercana que existe entre Yahveh y Doña Sabiduría. Una relación muy parecida a la que mantienen Dios y Moisés, y que, en el caso de Pro 8, está expresada por *Yahveh me creó al principio de su proceder* (Pro 8,22). Relación que rezuma dependencia, cercanía, y que, sin ser exactamente la misma que menciona el evangelista Juan (Jn 1,18: *el Hijo unigénito, el que está en el regazo del Padre...*), está ciertamente muy cerca de ella¹⁴.

Este último aspecto presenta, sin embargo, otro elemento complementario que resalta que no todo es semejanza entre los dos mediadores mencionados. Puede afirmarse que Doña Sabiduría asegura la relación entre Dios y los hombres, desde el respeto absoluto por la trascendencia divina. Y puede afirmarse también –así aparece formulado repetidamente en Pro 8, y de manera especial en los versículos finales– que la única condición para que el ser humano alcance la citada relación y logre la sabiduría y la vida es *escuchando, acogiendo y amando a Doña Sabiduría*¹⁵. A toda persona se dirige esta mediadora, a toda persona ofrece su mensaje. Quien quiera puede amarla, cortejarla, abrazarla, vincularse con ella de un modo muy particular. Una vinculación que se puede llevar a cabo, en primer lugar, respetando al máximo su iniciativa: será feliz el hombre que sepa salir a esperarla y a velarla (*feliz el hombre que vela a mis puertas cada día, guardando las jambas de mis entradas*); en segundo lugar, abriéndose a su acción transformadora y configuradora, pues a todos ofrece su pan y su vino (Pro 9,5), alimento y bebida que sacian, fortalecen y dan vida; alimento y bebida que, al mismo

¹³ Una información más detallada de aspectos aquí mencionados puede verse en: L. ALONSO SCHÖKEL - J. VÍLCHEZ LÍNDEZ, *Proverbios* (Sapienciales I), Madrid 1984, 33-35, 76-77; M. GILBERT, *Les cinq livres des Sages. Proverbes – Job – Qohélet – Ben Sira – Sagesse* (LiBi 129), Paris 2003, 43-50; A. LENZI, a.c. (nota 2), p.696-699.

¹⁴ M. GILBERT, o.c. (nota 13), p.46.

¹⁵ M. GILBERT, *Le discours de la Sagesse en Proverbes*, 8. *Structure et cohérence*, en M. GILBERT (ed.) *La sagesse de l'Ancien Testament* (BETHL 51), Leuven ²1990, 202-218, esp.217.

tiempo, abren nuevamente el apetito para que quienes los han recibido sigan anhelando conocer el orden y funcionamiento del universo y de la creación así como también a su Creador (Eclo 24,24: *los que me comen siguen con hambre, los que me beben siguen con sed*).

Nuestro acercamiento a la figura de dos destacados mediadores del Antiguo Testamento está llegando a su fin. No hemos podido ni querido abarcar en su totalidad todas sus particularidades y características; tampoco ampliar las referencias a otros mediadores bíblicos. No dudamos de que habría sido, sin duda, también muy interesante asomarnos, por ejemplo, al tema del fracaso del mediador y estudiar alguno de los pasajes en los que Moisés parece recibir grandes y duros reveses (por ejemplo, Nm 14); o acercarnos al sufrimiento que supone para el mediador la misión que se le pide realizar (recuérdese el caso de Jonás). La opción tomada y el camino recorrido están ancladas en las líneas con las que abrimos nuestra colaboración: el deseo de muchas y muchos *anónimos cristianos* de entrar en contacto con mediadores de calidad, que les acerquen verdaderamente a Dios y que les hagan entrar en su misterio. Estamos seguros de que el respeto por la alteridad de Dios y su cercanía a Él, rasgos tan propios de Doña Sabiduría, junto a la llamada a amarla, acogerla, abrazarla y recibirla, comiendo su pan y su vino, pueden acentuar el deseo de dichos cristianos de encontrarse con Jesús muerto y resucitado, verdadera sabiduría y auténtico mediador de Dios. Estamos seguros también de que la escucha de Dios y la invocación e intercesión ante Él, características tan personales de Moisés, pueden seguir siendo el mejor espejo en el que se miren muchos y muchas mediadoras de nuestro tiempo, de nuestra vida. Precisamente a través de una adecuada escucha, a través de las preguntas que dirijan a Dios, a través de las peticiones que le eleven pueden convertirse en la mejor y más ansiada ayuda de esos *anónimos cristianos*, a quienes, sin duda, pueden conducir al encuentro cercano y al abrazo amoroso del verdadero mediador y de la auténtica sabiduría de Dios: Jesús, el Cristo.